jor que en ninguna parte, se os reverencia y se os ama, y vuestros hijos cumpliendo sumisos las órdenes que habeis dictado, se han puesto en línea de batalla para luchar sin descanso contra las réprobas sociedades animándolos el legítimo orgullo de tener por Padre á un Pontífice tan sabio, tan grande y tan prudente.

Las Asociaciones de San Vicente de Paul, en cuyo nombre tengo el honor inmerecido de dirigiros la presente salutación, se empeñan por cumplir el deber que Vos mismo le habeis impuesto, y no perdonan medio de oponerse á los avances de la Masonería, puesta su confianza en Aquel que murió por redimirnos. Al mismo tiempo que procuran enjugar las lágrimas de los que lloran y satisfacer el hambre de los que padecen, tratan de sustraerse á la influencia que aquella sociedad ha querido desarrollar en nuestro suelo.

En tanto que los masones se ocultan en las tinieblas y cubren su rostro con el antifaz de la mentira, los hijos de San Vicente en plena luz se reunen y muestran sus humildes y caritativos trabajos; en tanto que los primeros procuran dar ensanche á sus perversas doctrinas, llevando por insignia una escuadra y un mandil, los segundos tienden á disminuir las amarguras de los pobres, ostentando en sus pechos la cruz del Salvador. Si una misión es la de corromper, la otra es de edificar. Jamás el masón por sus institutos sacrifica los propios intereses para aliviar las cargas de la miseria, sus aspiraciones son otras y sus miras están sin cesar puestas en los empleos y honores públicos, siendo capaz de las acciones más indignas para alcanzarlos. Por el contrario, el hijo de San Vicente no quiere nada de la tierra, y haciendo á un lado mundanales intereses, busca las chozas de los necesitados para llevar el pan y con este la doctrina celestial.

Mas la Sociedad de San Vicente, que al fin está compuesta de hombres, necesita el auxilio divino para que se fortalezcan sus miembros y prospere su misión. Por tanto, bendecid sus trabajos, Santísimo Padre, rogad por ella, Vos que sois el Jefe Supremo de la Iglesia, para que no desmaye en la lucha y consiga enarbolar siempre el Lábaro de Cristo. Recibid al mismo tiempo de todos y cada uno de los que la componen, la humilde felicitación que os envian en vuestro glorioso Jubileo Sacerdotal, como una prueba de su filial cariño, de su profundo respeto y su mas completa sumisión.

José Villa Gordoa.

LEON XIII

INAUGURA SU GLORIOSO PONTIFICADO.

Funestam hanc ærumnarum molem Vobis, Venerabiles Fratres, commemoravimus, non ad augendan tristitiam vestram, ...sed quia intelligimus ex ea Vobis apprime perspectum fore, quanta sit gravitas rerum quae ministerium et zelum nostrum exposcunt.

[Enciclica "INSCRUSTABILE DEI."]

Nos hemos querido recordar este funesto cúmulo de males, Venerables Hermanos, no para aumentar la tristeza que esta lamentable situación infunde en vuestro ánimo, ... sino para que os sea completamente conocido á qué gravísimo término han llegado las cosas que solicitan nuestro ministerio y nuestro celo.

[«Enciclica *INSCRUTABILE DEI.*»]

Jesucristo Nuestro Señor que antes de partir de este mundo quiso dejar establecidas las bases de la nueva ley, designó una cabeza visible en su Iglesia, un Jefe que la gorbernase perpetuamente, y al qué debian estar sujetos todos los fieles y pastores, los corderos y las ovejas, *pasce agnos meos, pasce oves meas.* (1) Desde entonces y sin interrupción se han venido sucediendo los Pontífices, de manera que por una cadena de cerca de diez y nueve siglos se puede subir desde el actual Jefe de la Religión católica, hasta San Pedro á quien dijo Jesus aquellas palabras. Inútiles han sido todos los esfuerzos de las potestades infernales, todas las maquinaciones y persecuciones de los enemigos de la Iglesia, todas las luchas que han entablado contra ella los herejes y cismáticos, por medio de los errores que han querido introducir en el seno de la Religión cristiana desde el arrianismo y maniqueismo, hasta el protestantismo, positivismo, materialismo y el hoy dominante liberalismo. Todos los coriféos de esas falsas creencias, todos sus secuaces y los errores mismos de los primeros siglos ya no existen, y pronto dejarán de existir tambien los que en la actualidad combaten contra la Religión divina que la Víctima Santa del Gólgota sellara con su sangre. Entre tanto, la Cátedra de San Pedro, esa navecilla que sin cesar se ha visto atacada por horribles tempestades, permanece incólume. Hoy, como hace diez y nueve centurias, el Pastor supremo gobierna su rebaño, apascienta sus corderos y sus ovejas, quienes unánimes y desde los mas remotos confines de la tierra le rinden tributos de veneración y respeto.

A la muerte del Santo Pontífice Pio IX habiánse desatado las persecuciones contra la Iglesia de una manera formidable. Las turbas de Victor Manuel se habian apoderado de la Ciudad Eterna, el dominio temporal de los Papas habia sido usurpado por aquel ambicioso, que en nombre de la unidad de Italia, consumó uno de los mas inícuos despojos que registra la Historia en sus anales. Los gobiernos de las demás potencias lejos de protestar, como lo habrían hecho en otra circunstancia, contra tan injusta usurpación, se apresuraron á á reconocer al pretendido Rey de Italia, enviándoles sus embajadores y celebrando con él tratados de amistad. El sucesor de San Pedro estaba confinado á los límites del Vaticano que mas que su palacio era su prisión. En todos los ámbitos del globo no se veían mas que continuos ataques contra los católicos, constantes persecuciones contra los Ministros del Señor, violentas expulsiones de las vírgenes consagradas á Dios y saqueo de los bienes de la Iglesia, ¡y todo esto en nombre de la libertad de conciencia, de enseñanza y profesión, y del bien del pueblo! Parecía ya á los enemigos del Papado que habian conseguido el triunfo, que habian destruido la roca fundamental de la Iglesia y que el Gran Pio IX habia sido el úl-

(1) S. Juan c. XXI v. 16 y 17.

timo descendiente de la dinastía católica. Cuando hé ahí que aparece en el cielo de la Iglesia el astro brillantísimo que con su luz debia alumbrar á todo el Orbe, que con sus rerplandores vivísimos debia ofuscar el falso brillo de los errores modernos é iluminar las conciencias de los fieles para apartarlos de la senda de tinieblas.

Grande fué el asombro de todos los perseguidores de la Religion Católica cuando se escuchó por todas partes el entusiasta grito de *Papam habemus*. La Metrópoli del mundo cristiano se vió luego llena de multitud de fieles, que desde los mas distantes paises habian apresurádose á venir á tributar al Padre común los homenajes de su amor filial y de su constante sumisión. Los católicos diseminados por el mundo entero vimos con júbilo, una vez mas, continuar los eslabones de la magnífica cadena que nos liga á Nuestro Señor Jesucristo, y dejadas ya las vestiduras de luto que por breves dias cubrieron á la Esposa del Cordero, entonamos alegres cánticos por haber aparecido de nuevo el enviado del Señór, el Gran Leon XIII.

El nuevo Papa desde sus primeros pasos empuñó con mano firme el timón de la nave que se le habia confiado, envió sentidas cartas á todos los Soberanos y Jefes de las naciones, manifestándoles su paternal solicitud por todos los fieles á él encomendados, y su profunda tristeza por la violenta situación en que se hallaba en su prisión del Vaticano, y las persecuciones que en casi todas partes sufria la Religion católica. Al mismo tiempo en los primeros dias de su Pontificado saludó al mundo con su Encíclica *Inscrutabili Dei*, viniendo así con esta manifestacion universal á justificar ser el *Lumen in coelo* que disipó las tinieblas de los errores contemporaneos. En ella con sorprendente exactitud ataca los mismos falsos principios que condenó el *Syllabus*, desmenusa uno por uno todos los obstáculos que se han puesto y se ponen actualmente á la marcha de la Iglesia y sienta los cimientos en que descansa la verdadera civilizacion.

Establece primeramente que el orígen de los males que afligen á las actuales sociedades, y singularmente á la Religion Católica, provienen del desprecio y olvido que se ha hecho de la sagrada autoridad de la Iglesia. Y en efecto nada mas cierto: desde que el protestantismo consignó como uno de sus principios el libre exámen, los lazos de la autoridad se han aflojado, se ha entronizado la anarquía, las mas violentas revoluciones han trastornado al mundo y sangrientas hecatombes han derribado tronos y levantado cadalsos en que han sido sacrificadas millares de víctimas inocentes. Del libre exámen provinieron las muertes de Carlos I de Inglaterra, de María Estuardo, de Luis XVI, de María Antonieta y de tantos y tantos otros que han sido inmolados en los patíbulos en aras de la libertad de conciencia y de la mentida igualdad y fraternidad.

Del menosprecio á la autoridad de la Iglesia han nacido los disolventes principios del comunismo en Francia, del socialismo en Inglaterra y Alemania y del nihilismo en Rusia; porque si no se reconoce que todo poder viene de Dios, como lo enseña la Religión divina que profesamos, entónces viene naturalmente por consecuencia, que cuando algún gobierno deje de agradarnos podemos derrocarlo usando del más perfecto derecho; que si nos place que todos los bienes sean comunes, despojemos de ellos á sus legítimos poseedores, despreciando los derechos de propiedad, qué, suponiéndose inventados por los hombres, pueden abolirse á nuestro arbitrio; que todos podemos constituirnos en autoridad y decretar la muerte del Jefe de tal ó cual Nación á quien por nuestra libertad absoluta de pensamiento juzgamos que es digno de tal fin; y por último que si queremos trastornar los principios fundamentales en que descansan las sociedades, podemos hacerlo pues no reconocemos autoridad alguna que pueda ó tenga derecho á impedírnoslo. Hé aquí las consecuencias á que conduce la falta de sumisión á la santa autoridad de la Iglesia representada por su Vicario el Sumo Pontífice. Con razón pues el Sr. León XIII está convencido de que la causa principal de los males que afligen al mundo está en el desprecio y olvido de la autoridad que gobierna la Iglesia y con ella al género humano, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo.

Los enemigos de la Religión han siempre procurado deturpar y calumniar á los Papas porque han conocido que atacando á la Cabeza combaten contra todo el cuerpo de la Iglesia. Con tales calumnias no han vacilado en falsear la historia de los pueblos, pues presentan á los Pontífices como enemigos de la civilización, siendo así que desde los primeros tiempos han sido siempre el sostén y apoyo real de todo verdadero progreso. ¿Quién no recuerda con gratitud los nombres de Leon el Grande que detiene á Genserico y á Atila á las puertas de Roma, de S. Pio V vencedor de los musulmanes en Lepanto, de Leon X, protector decidido de las ciencias y las artes?

A las calumnias y vituperios contra el Pontificado han añadido sus encarnizados enemigos un cúmulo de leyes depresivas de su autoridad, expoliadoras de sus riquezas, riquezas que se gastaban en fundaciones de hospitales, escuelas, asilos y demás casas de caridad; leyes en que consignando la libertad de cultos, los toleran todos para atacar sólo al católico; leyes que estableciendo la independencia entre la Iglesia y el Estado, someten en realidad aquella á éste, y leyes en fin, que so pretexto de igualdad, pretenden hacer de los ministros de la Religión divina una especie de parias en la sociedad en que viven, pues no tienen libertad ni para congregarse, ni para poseer ninguna clase de bienes, y en algunos países, como el nuestro, ni para usar del vestido que más les acomode; y no se diga ya para ser electores ó elegibles, pues esto no hay ni qué pensarlo.

Todas estas calamidades recuerda Su Santidad el Sr. Leon XIII en su citada Encíclica, pero no para deplorarlas sencillamente, sino para que sean conocidas de todos los católicos y para que acudan á la Sede Apostólica por el remedio en estas necesidades, pues la gracia divina que se nos dispensa por conducto de los ministros del Altísimo, y singularmente por el del Sucesor de S. Pedro, es la única arma que podemos oponer á la impiedad, al indiferentismo y á la incredulidad, sujetándonos sinceramente á las enseñanzas de la Iglesia y reconociéndola como maestra y guía segura de nuestro tránsito en este mundo.

Opone despues Su Santidad el Señor Leon XIII al triste cuadro que acaba de trazar, el risueño de los pasados tiempos en que la Iglesia gozaba de completa libertad, en que las limosnas de los fieles se empleaban con verdadera liberalidad en fundar establecimientos que daban el pan á millares de necesitados, en que los Pontífices por su influencia evitaban muchas veces esas guerras desastrosas y asoladoras de la humanidad, en que corregían el despotismo de los reyes y sofrenaban la insubordinación de los pueblos; y los tiempos en fin, en que todos respetaban la autoridad del Romano Pontífice como venida directamente de Dios.

Recuerda en seguida los inumerables beneficios que debemos á la Religión Cristiana, como la difusión de las máximas de verdadera civilización, entre todos los pueblos idólatras y gentiles, la abolición de la esclavitud, la rehabilitación de la muger por medio del matrimonio cristiano, la proctección decidida á las ciencias y las artes y la fundación de tantos institutos benéficos que alivian á la humanidad, honran á sus autores y glorifican á la Religión sublime que sabe imbuir los preceptos de la santa caridad.

A la Iglesia ciertamente le somos deudores de todos esos bienes. Echemos siquiera una ligera ojeada sobre lo que era el mundo antes de la predicación del Evangelio. Todas las naciones de la tierra, con excepción del pueblo escogido por Dios, estaban sumidas en las tinieblas de la más espantosa idolatría, tenían por dioses al sol, la luna, los astros, los animales y hasta á las plantas y las piedras; divinizaban las pasiones mismas que los dominaban erigiéndoles templos y celebrando fiestas en su nombre. En tales fiestas, á los crueles sacrificios, se añadían vergonzosas orgías en que se cometían los más asquerosos excesos y tambien verdaderos crímenes, perpetrados en nombre y para honrar á aquellas falsas divinidades. Los esclavos eran tenidos poco menos que como animales, se les mataba por la más ligera falta y aun por el simple placer de verlos agonizar, y los hacian servir tambien para saciar los más vergonzosos deleites.

La muger igualmente era tenida por inferior al hombre, éste podia tener las que quisiera, repudiar la que le desagradara y tomar la que deseara. Hasta en el pueblo de Abraham por la dureza del corazón de los judíos, estaba permitido el repudio á pesar de tener conocimientodel verdadero Dios; y si bien en este pueblo era más considerada la muger que en los demas países, no tenia ni con mucho la dignidad á que ha llegado en la nueva era por medio del matrimonio cristiano. Las guerras eran verdaderos combates de exterminio en que los vencidos no tenian que esperar del vencedor más que la muerte ó la esclavitud, y las ciudades eran entregadas á las llamas y al saqueo y destruidas hasta en sus cimientos.

Tal era el estado del mundo antes que la Religión divina del Crucificado disipara por la luz del Evangelio las densas tinieblas de la idolatría y del paganismo. Pero hé ahí que en un rincon de la tierra nace Jesus el Redentor del humano linage, y luego que comienza su predicación, empieza tambien la decadencia de los errores gentílicos y la ruina de aquellos ritos inmundos y sangrientos. Escoje al principio doce hombres oscuros para que después de su muerte en la cruz, continúen su misión salvadora, y al partir para la Patria Celestial el Hombre-Dios, manda á sus discípulos á predicar el Evangelio á todas las naciones prometiéndoles su ayuda hasta la consumación de lossiglos. «*Euntes ergo docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii et Spiritus sancti: docentes eos servare omnia quæqumque mandavi vobis, et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem sæculi.*» (1)

Desde entonces acá donde quiera que se han difundido los divinos preceptos del Evangelio se ha sentido su benéfica influencia, se ha cambiado la faz de los pueblos, que se han encarrilado por la vía del verdadero progreso. Desde los primeros siglos de la Iglesia, en las constituciones apostólicas, en los concilios y en los cánones se han dictado saludables disposiciones que han ido suavizando las costumbres, desterrando poco á poco la ignominia de la esclavitud, restituyendo á la mujer al puesto que le corresponde en la familia cristiana, dominando las contiendas feroces, que se entablaban entre los señores feudales, estableciendo treguas en las guerras, y reglas mas humanitarias en esas hasta hoy inevitables calamidades, y sentando los verdaderos principios del derecho internacional y de gentes.

Todos estos adelantos, todos estos progresos debidos son á los Pontífices de la Iglesia, que ora por sabias Encíclicas, ora por oportunos Respriptos ó ya por las decisiones de los concilios frecuentemente congregados han salvado á la humanidad de la barbárie y de la ignorancia, protegiendo sin descanso al débil y al oprimido y socorriendo con los tesoros de la gracia á los que han ocurrido á la Religión para alivio de sus males.

Los cariféos de las sectas modernas quieren hacer creer al mundo lo contrario y presentan á la Iglesia como el enemigo de todo progreso, del cual ellos se declaran apóstoles, cuando que en sus doctrinas disolventes están orillando al mundo á la la barbárie de los tiempos paganos. ¿Qué armas opone el actual sucesor de San Pedro á todos esos errores? Recomienda á todos los Pastores de las diócesis la enseñanza constante de los principios de la filosofía católica, la educación cristiana de la juventud y el fomento de las asociaciones piadosas. Enseña que la juventud sea educada en los principios católicos desde que está en el seno de la familia y en sus mas tiernos años para que de esta manera echen hondas raíces en su corazon los sublimes consejos de la Religión de Nuestro Señor Jesucristo. Así se opone y contraresta los malos gérmenes que pueden desarrollarse y de hecho se han desarrollado con la institución del matrimonio civil, quitándole al matrimonio cristiano su carácter de sacramento, dejándolo como un simple contrato y autorizando así los amasiatos legales, con lo cual se relajan todos los vínculos de las familias, pues los padres no tienen los auxilios de la gracia para llevar á sus hijos por el recto sendero, ni los hijos tienen á sus padres el respeto que se-

(1) S. Mateo cap. XVIII vers. 19 y 20.

les debe, ni prestan obediencia á los mandatos que se les impone.

Hé aquí como el Sr. León XIII señala en su Encíclica *Inscrutabili Dei* los males que nos afligen y el remedio de ellos. Toca uno por uno todos los puntos capitales, y lo hace con tanto acierto é inteligencia que, justifica con esta Encíclica ser el *Lumen in coelo* que una tradición piadosa atribuya á San Malaquías.

Acudamos pues al Jefe supremo de la Iglesia para que la luz de la fé nos guié en nuestro camino por este valle de miserias, para que la antorcha de la Religión con sus divinos resplandores nos conduzca á las mansiones de la eterna felicidad; y si alguna vez vemos desmayar nuestras débiles fuerzas, no separemos nuestra mirada de esa Estrella rutilante que resplandece en el firmamento de la Iglesia católica que con sus fulgores nos ha de dirigir hasta ver la Luz increada.

Por el Consejo Central de las Asociaciones de Señoras de San Vicente de Paul,

JOSE M. GONZALEZ OLIVARES.